

# La hora navarra de D. Julio Caro Baroja

MONTSERRAT GÁRATE OJANGUREN

Amiga de Número de la RSBAP

## Introducción

Cuando en 1969, Caro Baroja publicaba su obra *La hora navarra del siglo XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, intentó —y lo consiguió sobradamente— “descubrir la trama de una sociedad que ha dejado grandes huellas materiales en mi ciudad natal, Madrid, y en mi país familiar del Bidasoa.”<sup>1</sup> El resultado de su obra fue sorprendente: un conjunto de navarros, entre finales del XVII y primera mitad del XVIII, salidos del valle del Bidasoa, ocuparon un lugar importante en Madrid; sus conexiones familiares y de negocios, sus afinidades sociales y su ascendencia les llevaron en la Corte a constituir un grupo semejante —diríase hoy— a un “lobby”. D. Julio consigue acercarnos al mundo de sus paisanos en la Corte, y mostrarnos varias facetas de su quehacer, entre el reinado de Carlos II y el primer Borbón.

Pero además, el conocimiento de sus protagonistas con nombres y apellidos, con sus negocios y sus cargos nos ha proporcionado una magnífica información para poder entender el quehacer de aquellos navarros, y las conexiones con otros individuos —en numerosas ocasiones navarros y guipuzcoanos conjuntamente— que encontraron en los primeros un eslabón para promover nuevas empresas. Así se extenderían las actividades económicas de otros navarros, más allá de 1740. La cita en la Villa y Corte de los Goyeneche, Gastón de Iriarte, Aldecoa o Iturralde, fue el comienzo de un período en el que los navarros ampliaron sus negocios en el espacio y en el tiempo.

---

(1) Caro Baroja, J., *La hora navarra del siglo XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona 1969, p. 7.

Martín de Aróstegui, José de Iturrigaray o José de Goicoa, son una muestra de otra segunda hora navarra que continuó a la primera y se proyectó a lo largo del XVIII, llegando además de a Madrid, a Cádiz y América.

En este trabajo, se pretende mostrar esa nueva cita de navarros que apoyándose en el camino abierto por los primeros, pudieron extender sus negocios y relaciones familiares por más décadas en el XVIII, y a otros lugares, más allá de la Villa y Corte.

El caso de Martín de Aróstegui es un ejemplo de lo que indicamos. De sus negocios tenemos noticias precisas, ya para los años 30 del XVIII. Aróstegui fue uno de los accionistas de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Su participación en la misma data de los primeros años. Precisamente fue en este proyecto mercantil guipuzcoano en donde se dieron cita algunos de los navarros que destaca Caro Baroja en la obra que indicábamos. Para los navarros la salida natural del comercio ultramarino era el puerto easonense, lo que puede explicar esta unión que mostraron navarros y guipuzcoanos en numerosos negocios comerciales. Y así, como accionistas de la Compañía de Caracas aportaron capital: Juan de Goyeneche, Juan Bautista de Iturralde, primer Marqués de Murillo, y Francisco de Aldecoa.<sup>2</sup> Los tres figuran como partícipes en la empresa mercantil desde sus primeros años. Y los tres coincidieron en la Corte durante la primera mitad del XVIII, desarrollando negocios y ocupando cargos de relevancia.

Juan de Goyeneche representa un estilo de lo que fueron algunos de estos personajes de la época y residentes en la Corte. Nacido en Arizcun, en 1656, fue enviado a Madrid, antes —según apunta su biógrafo Bartolomé Alcázar— de 1670. Allí realizó estudios, demostrando su inclinación por la Historia.<sup>3</sup> En su carrera como secretario sería donde también destacaría Goyeneche. Como recuerda D. Julio Caro Baroja: “Goyeneche, hombre de “secreto”, en el sentido más estricto de la palabra, hábil contable, es la perfecta imagen, el perfecto ejemplo individual del joven vasco-navarro”<sup>4</sup> de quienes ocupaban “las supremas secretarías”.<sup>5</sup>

(2) Gárate, M., *La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas*, San Sebastián 1990, pp. 73-4. En este caso pudieron ser las relaciones que mantenían con Zuaznávar en la Corte, este grupo de navarros.

(3) Caro Baroja, J., *o.c.*, pp. 82-7.

(4) *Id.* p. 88.

(5) Cita que recoge Caro Baroja, *o.c.* p. 88, de la obra de Philippe de Comynnes, *Las memorias de Felipe de Comines señor de Argenton...*



Pero Goyeneche, además de esas habilidades y saberes para la secretaría —recuérdese que Juan de Goyeneche fue tesorero privado de Carlos II<sup>6</sup>— destacó por su visión económica; o más bien por una capacidad emprendedora de la que hizo gala a lo largo de su vida. En esta su faceta empresarial le vemos como impulsor del primer periódico español,<sup>7</sup> y como el creador del Nuevo Baztán. Esta empresa sobre todo, venía a poner de manifiesto los afanes renovadores de Goyeneche como promotor de una institución, al estilo de las iniciativas “colbertistas”, de las que este navarro tenía buen conocimiento.

También Juan Bautista de Iturralde, acompañó a Goyeneche en su interés por la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Algunas de las circunstancias de origen, negocios y actividades, coinciden con las de Goyeneche. Iturralde era del Baztán, y también como Juan Goyeneche se instaló en Madrid. Al igual que Goyeneche, Juan Bautista de Iturralde fue ascendiendo y ganando posiciones, tanto en lo económico como en sus cargos en la Corte. Sus negocios mercantiles y los asientos con la corona le proporcionaron grandes beneficios. Su dedicación al ministerio de Hacienda<sup>8</sup> contó con numerosos problemas, habida cuenta de los desajustes presupuestarios. No obstante, la gestión de Iturralde parece que fue positiva, ya que redujo deudas y sobresueldos, aunque fuera criticada posteriormente por algunos.<sup>9</sup>

Y también, desde el primer momento de la Compañía Guipuzcoana, otro navarro, Francisco de Aldecoa, fue un accionista más de la empresa mercantil. En sus actividades económicas Aldecoa estuvo relacionado en algunos asuntos con los anteriores, y también con otro guipuzcoano ilustre que por los años 30 del XVIII se hallaba en la Corte. Nos referimos a Miguel Antonio de Zuaznávar.

Este encuentro de aquellos navarros en la empresa mercantil de la Compañía de Caracas no se produjo por azar. Con ocasión de celebrarse las juntas de accionistas de la Compañía en San Sebastián, todos ellos otorgaban su representación a los directores de aquélla. Y cuando falleció Iturralde, marqués de Murillo, su viuda obraba de la misma forma y daba su poder para que le representaran en las reuniones de interesados en la Compañía de Caracas a

(6) Caro Baroja, J. *o.c.* p. 90.

(7) *Id.* p. 100-1.

(8) *Id.* p. 228.

(9) *Id.* Recoge Caro Baroja la crítica de Cabarrús sobre la gestión de Iturralde, cuando años más tarde trataba de ensalzar la de otro navarro: Múzquiz. *o.c.* pp. 234-5.



sus directores en San Sebastián. Todo ello hace suponer los conocimientos y la amistad que unía al grupo de comerciantes más notables de San Sebastián, y a los navarros destacados en la Corte.

### **Martín de Aróstegui y Larrea, fundador de la Real Compañía de La Habana**

Poco conocemos aún de Martín de Aróstegui. Aunque sí podemos advertir toda una serie de circunstancias que no hacen sino repetir, con más o menos variaciones, el espíritu de empresa, la participación en cargos relevantes y los entramados familiares que se advierten en algunos de los personajes más sobresalientes de *La hora navarra*.

Natural de la localidad navarra de Aranaz, Martín de Aróstegui fue otro de los que se interesaron con su capital por la Compañía de Caracas. Y es de destacar este interés —al igual que lo hicieron sus paisanos afincados en la Villa y Corte— tanto más por cuanto que durante los primeros años de la Guipuzcoana hubo una ausencia, casi absoluta, de personas ajenas a los círculos económicos donostiarras o navarros.

Así pues, junto con Aldecoa, Goyeneche o Iturralde, Martín de Aróstegui adquirió cuando menos 24 acciones de la Guipuzcoana, lo que suponía un desembolso de 12.000 pesos. Su participación económica en la caraqueña fue superior a la de los otros tres navarros.

Su interés por la Compañía Guipuzcoana de Caracas intuimos que se debió al conocimiento que tenía del negocio ultramarino, así como también la amistad personal que le unía con individuos relevantes de la sociedad guipuzcoana de la época. Martín de Aróstegui, caballero de la Orden de Santiago, durante los años 30 tenía su residencia en La Habana. Allí ocupaba el cargo de Alguacil Mayor de la Santa Inquisición.

Sus cargos no le hicieron olvidar su interés por el comercio. En agosto de 1738 salía de La Habana con destino a la metrópoli. Una vez en la Corte pujaría por conseguir el asiento de tabacos en manos del marqués de Casa Madrid. La mejora que realizó Martín de Aróstegui hizo que en 4 de agosto de 1739 se librara una Real Orden por la que el asiento pasaba a Aróstegui. La orden era extendida por manos del secretario del despacho de la Real Hacienda, el mencionado Juan Bautista de Iturralde.<sup>10</sup>

(10) Gárate, M., *Comercio ultramarino e Ilustración. La Real Compañía de La Habana*, San Sebastián 1994, p. 20.



En su estancia en Madrid Martín de Aróstegui residió en casa de un amigo suyo, Miguel Antonio de Zuaznávar. Zuaznávar era un buen aliado para los propósitos que abrigaba Aróstegui, ya que desde su posición en la Corte había ayudado al guipuzcoano Felipe de Aguirre, en 1728, en sus gestiones ante el monarca para erigir en San Sebastián la Compañía Guipuzcoana de Caracas. Y Aróstegui, una vez conseguido el asiento de tabacos, estaba empeñado en conseguir una Real Cédula para constituir una nueva compañía por acciones con el fin de que gestionara el abastecimiento de tabacos a las fábricas reales sevillanas.

Miguel Antonio de Zuaznávar era natural de Hernani. Y, al igual que Goyeneche o Iturralde, Zuaznávar logró cargos y honores con el primer Borbón. Cuando Zuaznávar contrajo su segundo matrimonio, en 1731, era “ayuda de Cámara de S.M. y jefe de la guarda ropa del príncipe...”<sup>11</sup> Sus virtudes de hombre cortesano, oportuno y hábil, las supo compaginar, pensamos que de forma excelente, con sus dotes para los negocios mercantiles. Además y dada su posición en la Corte, Miguel Antonio de Zuaznávar fue un buen embajador de su provincia natal en Madrid. Fueron numerosas las actuaciones de Zuaznávar al servicio de los guipuzcoanos. Por citar algún ejemplo, baste decir que en 1725 actuó en representación de los diputados armeros en la concertación del asiento de las fábricas de armas de Placencia.

Las condiciones entre los gremios armeros y Hacienda quedaban determinadas, tras los acuerdos que los representantes de los armeros —los diputados— alcanzaban con el ministro que ostentaba la autoridad competente. Cuando en 1725 se debió concertar un nuevo asiento, y los diputados de los diferentes gremios armeros debían acudir a Madrid “a tratar y conferenciar difusamente sobre las disposiciones que deven tomar estas fábricas para mejor servir a S.M.”, recurrieron a la Provincia, y en sus Juntas Generales se recogía:

“... los Diputados por ser todos Vascongados y no saver bien la lengua castellana. Y a esta causa, teniendo presente el amor y celo que spre. a tenido y mantiene esta dha. provincia de Guipúzcoa (...) acudieron a ella los Diputados, con la súplica de que les señalase a uno de sus muchos hijos que tiene en la Corte...”<sup>12</sup>

(11) A(rchivo) P(rotocolos) O(ñate), Leg. III-1.

(12) APO, Leg. I-1069. Cita que se recoge también en ‘Formas de producción de la manufactura siderúrgica del Antiguo Régimen. La fabricación de armas’ en *Estudios dedicados a la Memoria del Profesor L.M. Díez de Salazar Fdez.*, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Bilbao 1992.



El elegido por los Junteros guipuzcoanos para el caso fue Miguel Antonio de Zuaznávar.

Pocos años más tarde, en septiembre de 1728, también Zuaznávar se convertía en el mejor valedor ante Patiño y el Monarca, para apoyar la propuesta de la Provincia de Guipúzcoa de fundar una compañía mercantil por acciones. El mismo mes de septiembre era expedida una Real Cédula por la que se establecían las bases para la puesta en marcha de la Compañía Guipuzcoana de Caracas.

De nuevo, y con motivo de la estancia de Aróstegui en Madrid, entre 1738-41, Zuaznávar fue un elemento clave en las gestiones cortesanas para la consecución de la Compañía de La Habana.

Pero además de la ayuda que le prestó Zuaznávar, Aróstegui encontró en otro navarro, el citado Francisco de Aldecoa, un nuevo apoyo.

Fruto de los apoyos recibidos por Aróstegui y de sus gestiones, en 1740, el rey firmaba una Cédula Real por la que se constituía la Compañía de La Habana. En la misma se indicaba que Martín de Aróstegui asumiría el puesto de primer director. Y como desde su partida de Cuba en 1738, estaba decidido a solicitar aquella compañía, también contaba con las aportaciones económicas de algunos residentes en la isla caribeña. Por eso pudo ofrecer, antes incluso de que se expidiera la Cédula fundacional de la compañía habanera, las sumas que prometieran sus amigos de Cuba.

A las elevadas cantidades que suscribieron algunos residentes en la Gran Antilla, Martín de Aróstegui consiguió sumar las aportaciones de aquellos navarros residentes en la Corte, y que ya destacaban por sus negocios. En la lista de los accionistas de la Real Compañía de La Habana no faltaron los descendientes de Juan de Goyeneche, Iturralde y otros; y así se incorporaron: el entonces marqués de Ugena, Gastón de Iriarte, Francisco Martín de Jauregui, Pedro Iturriría, etc. También, y como pago por los servicios recibidos Miguel Antonio de Zuaznávar y Francisco de Aldecoa recibían algunas participaciones, además de ser nombrados representantes de los intereses de la nueva empresa en la Corte —con el título de apoderados generales—.

En la captación de estos y otros accionistas, las amistades, parentescos y afinidades en los negocios mercantiles, debieron jugar un papel fundamental. Porque, es difícil comprender sin la existencia de ese tipo de conexiones, la participación en la empresa habanera de un buen puñado de navarros residentes en la Corte. Tampoco se puede explicar sin esas mismas conexiones, la

incorporación a la Compañía de La Habana de los que años atrás se alistaron en la Compañía de Caracas.

Y, a lo largo de la vida de una y otra empresa se pueden advertir algunos gestos que son un buen reflejo de las actitudes de unos y de otros. Así por ejemplo, Aróstegui se incorporaba como accionistas de la caraqueña; y en su ausencia a las juntas que esta empresa celebraba en San Sebastián, delegaba su representación en las personas de sus directores —mayormente donostiarras—. Esta misma actitud adoptaban los navarros residentes en la Corte—los Goyeche, Aldecoa, Gastón de Iriarte, Iturralde, etc.—

Por su parte, cuando Martín de Aróstegui quedó nombrado primer director de la Compañía de La Habana, los directores de la caraqueña también accionistas de la habanera, otorgaron su representación a Aróstegui.

En 1752, una y otra compañía, la Guipuzcoana de Caracas y la de La Habana, debieron trasladar su sede principal a Madrid por mandato real. Pues bien, también entonces continuaron, si no en los mismos, sí en sus sucesores, los poderes de representación en las juntas que tenían lugar en la Villa y Corte. Y, cuando arreciaron las críticas por la gestión de Aróstegui al frente de la habanera, a partir de 1752, sus amigos y compañeros de viaje, los accionistas guipuzcoanos, demostraron estar de su lado.

El círculo del paisanaje se mantuvo en el entorno familiar de Aróstegui. En Cuba, Martín de Aróstegui contrajo matrimonio con Tomasa Basave que aunque nacida en Cuba, su padre era del valle guipuzcoano de Oyarzun. Dos hijas del matrimonio Aróstegui-Basave, contrajeron matrimonio con Agustín Jaúregui Aldecoa nacido en Lecaroz, y con José Zabalza<sup>13</sup> con bienes vinculados en la provincia de Álava, respectivamente.

En la figura de Agustín Jaúregui Aldecoa —casado con María Luisa Aróstegui Basave— se dan algunas de las circunstancias que distinguieron a los navarros que desarrollaron parte de su vida en las Indias. Fue Caballero de la Orden de Santiago y llegó a ser gobernador de Chile y Virrey y Capitán General en Perú. Junto con su carrera de oficial real participó asimismo de los negocios mercantiles. Los hijos habidos de su matrimonio con María Luisa Aróstegui —Tomás, Francisco Javier, Manuel Francisco, María Josefa, María Francisca Inés, María Fermina y María Vicenta— siguieron diferente suerte,

(13) Gárate, M., *o.c.* 1994, pp. 335-6.



pero en todo caso ratifican las relaciones que sus progenitores mantuvieron aquí y allá, en la metrópoli y en las colonias.

Así el primogénito, Tomás, heredó gran parte de los bienes de su padre. María Josefa Jaúregui Aróstegui casó en Cuba con Juan Antonio de Irigoyen, estableciendo su residencia en La Habana. Por lo que respecta a María Fermi-na y María Vicenta, siguieron la vida religiosa; la una, en el convento de Santa Brígida de Azcoitia; y María Vicenta en el de Santa Teresa, en Madrid.

Otra hija de Martín de Aróstegui, Rosario, contrajo matrimonio con José de Zabalza. De su trayectoria sabemos poco. En algunos de los documentos notariales referentes a sus bienes, herencias, poderes, etc., se indica que eran —Rosario Aróstegui y José Zabalza—, vecinos de Logroño aunque en 1786 residentes en Madrid. Sin grandes fortunas, Rosario heredó de su padre además de una suma de 10.000 pesos como parte de su legítima, algunos bienes raíces en Cuba: “30 caballerías de tierra... situadas en el término del Corral de Xiquiabo”;<sup>14</sup> y también parte de los bienes de una tía suya. Su padre, el mencionado Martín de Aróstegui, también aportó una buena dote cuando Rosario contrajo matrimonio, en consonancia con su situación. Zabalza por su parte, recibió mediante herencia algunos bienes raíces en la provincia de Álava, bienes pertenecientes al mayorazgo.<sup>15</sup>

Y en cuanto a los hijos del matrimonio Zabalza-Aróstegui —Felipe, Francisco Javier, María Concepción, María Rosa y María Vicenta—, se repeten algunas de las circunstancias de sus primos. Dos de las hijas —María Rosa y María Vicenta—, ingresaron como religiosas en Logroño y en Tudela. En las respectivas herencias se englobaron las acciones que Aróstegui poseyó en la Compañía de La Habana. Así por ejemplo Rosario Aróstegui Basave, quien recibió de su padre Martín acciones de la Compañía, legó a sus dos hijas religiosas 8 acciones para que pudieran gozar de los réditos que produjeran mientras vivieran.

Los bienes de Martín de Aróstegui no alcanzaron los niveles que los de sus paisanos en la Corte. Si bien el asiento del tabaco que él consiguió para sí era prometedor, integrado en la Compañía de La Habana las cosas no marcharon muy bien. La participación de Aróstegui como accionista de la habanera fue muy elevada. En un principio poseyó 80 acciones, lo que equivalía a

---

(14) *Id.* p. 340.

(15) *Id.* p. 341.



40.000 pesos, a las que habría que sumar las 16 que poseía su mujer Tomasa Basave.

Con la duplicación de los títulos y nuevas adquisiciones, etc., Martín de Aróstegui concentró en sus manos un paquete de 274 acciones, además de las de Tomasa Basave que pasaron a ser 70.

Pero si nominalmente el valor era importante, los avatares de la sociedad, la suspensión del reparto de dividendos durante muchos años, además de otras circunstancias, mermaron las posibilidades económicas de nuestro protagonista. Martín de Aróstegui acusado de una engañosa gestión en la Compañía debió trasladarse de La Habana a Madrid, en los años 50.

Pero, frente a las acusaciones que hicieron algunos accionistas, Aróstegui encontró de nuevo el apoyo de sus paisanos y amigos. Si bien para aquellos años habían desaparecido Miguel Antonio de Zuaznávar, Juan Goyeneche, o Miguel de Vildósola (accionista de la Compañía de La Habana y primer director que fue de la Compañía de Caracas), sin embargo quienes tomaron el relevo supieron apoyar todo el quehacer de Aróstegui.

Otro navarro, Juan Bautista de Goizueta, emparentado por casamiento con una prima de Zuaznávar —Francisca Antonia—, sería el mayor valedor de la labor desarrollada por Aróstegui al frente de la Compañía de La Habana. Y secundando a Goizueta estaría el guipuzcoano Andrés de Otamendi, un personaje discreto, también secretario real —“del Consejo de S.M. y su secretario en el supremo de la Cámara de Castilla”—,<sup>16</sup> y que en ocasiones fue representante en la Corte de la Provincia de Guipúzcoa así como del Consulado de San Sebastián. Tanto Goizueta como Otamendi gozaban de cargos y honores en la Corte y su apoyo a Aróstegui fue claro.

Resulta curiosa la vida de Aróstegui en su vertiente mercantil. Con la ayuda de Zuaznávar y Aldecoa —guipuzcoano y navarro respectivamente—, inició su aventura de la Compañía de La Habana. Con el apoyo de Goizueta y Otamendi —navarro el uno, guipuzcoano el otro— trató de justificar su labor al frente de la empresa. En las horas bajas que siguieron a la habanera tras 12 años de vida entre 1740 y 1752, Aróstegui no fue abandonado por sus amigos. Amigos, paisanos, en los que se daban circunstancias similares a quienes hicieron realidad “la hora navarra”.

Porque Goizueta por ejemplo, llegó a ocupar en Madrid la dirección de la

---

(16) *Id.* p. 354.



Compañía de Caracas; fue miembro de la Junta General de Comercio así como uno de los más destacados comisionados de la Junta particular de la Compañía de La Habana. No terminaban ahí las cosas para Goizueta, pues una vez decretado el Libre Comercio, en octubre de 1778, el navarro fue quien desde su condición de director de la Compañía de Caracas, intervino decididamente para obtener para ésta el monopolio en el tráfico con Filipinas; de su gestión se haría realidad la Compañía de Filipinas como una prolongación de la caraqueña.

El otro aliado de Aróstegui, Andrés de Otamendi, también fue hombre muy bien situado en los círculos cortesanos. Otamendi además de su condición de secretario real, fue ascendido a Caballero de Calatrava. Casó con Juliana Calderón de la Barca, hija de José Calderón de la Barca y Hurtado, Caballero de la Orden de Santiago. Los hijos del matrimonio Otamendi-Calderón también alcanzaron honores propios del rango familiar: Miguel fue “oficial de la secretaría del despacho universal de Estado”; María Antonia ostentó el título de condesa de Torrepileares por su matrimonio con Andrés Gómez de Terán, conde de Torrepileares (así mismo Caballero de Calatrava e hijo de los marqueses de Portago); y otras dos de sus hijas: María y Josefa Otamendi fueron religiosas en el convento de Santo Domingo, de Toledo...<sup>17</sup>

Y, si Goizueta u Otamendi se decantaron por su apoyo a la gestión de Aróstegui en la habanera, la posición de éste se vio además arropada por quienes desde San Sebastián, en donde aún había bastantes accionistas de la Compañía de La Habana, seguían otorgando sus poderes a él, o a quienes le defendieron.

### **José de Iturrigaray, primer factor de la Compañía de La Habana en Cádiz**

Otro personaje que añadir a la lista de quienes con todo derecho hicieron sonar “la hora navarra” más allá de mediados del XVIII, fue José de Iturrigaray. Sus circunstancias familiares y de negocios apenas se alejan de las de otros de sus paisanos.

Nacido en Pamplona, José era hijo de Simón de Iturrigaray, del valle del Baztán y de la donostiarra María Magdalena Gainza. José de Iturrigaray vivió en la ciudad easonense en donde sabemos había “ejercido en dha. ciudad los empleos de elector para nombramiento de capitulares, y el de regidor...”<sup>18</sup>

(17) *Id.* p 354-5.

(18) A(rchivo) H(istórico) P(rotocolos) C(ádiz), Sig. 5.754.



En su residencia en San Sebastián parece familiarizado con los negocios coloniales que alcanzaron una gran dimensión en pleno siglo XVIII. Contrajo matrimonio con Manuela de Aróstegui y Larrea, hermana precisamente de Martín de Aróstegui, el que fuera fundador de la Compañía de La Habana. Ya fuera por esta vinculación, ya por sus dotes como comerciante, el hecho fue que al tiempo de ponerse en marcha la habanera José de Iturrigaray fue nombrado factor de la Compañía en Cádiz. Y allí debió trasladarse con su mujer e hijos —Vicente y Josefa—,<sup>19</sup> habidos del matrimonio con Manuela y nacidos en San Sebastián. Una vez en Cádiz, el matrimonio tuvo otros hijos —José Joaquín, María Concepción, Manuel, María Dolores y María Fernanda—.

La ciudad gaditana fue para la Compañía de La Habana el puerto principal de salida y llegada de productos, hasta casi el final del siglo XVIII.<sup>20</sup> Iturrigaray desde su puesto de factor principal, debió adquirir géneros para ser embarcados para Cuba, y era el receptor de tabaco y otros coloniales que arribaban a Cádiz. En sus negociaciones mercantiles estuvo en contacto con Santiago de Irisarri, factor de la Compañía de Caracas en Cádiz y accionista también de la habanera.

Por otra parte, la participación de Iturrigaray como accionista en la Compañía de La Habana fue bastante corta. Tan sólo se hizo con 4 acciones que fueron suscritas en 1743.

Los negocios que desarrolló el factor en Cádiz parece que no le proporcionaron abundante riqueza, aunque pudieron vivir él y su familia de forma holgada. Sin títulos nobiliarios, sin embargo consiguió emparentar a algunos de sus hijos con algún Caballero de la Orden de Santiago. Y de nuevo los oficiales reales y los cargos de más o menos lustre, tanto en la metrópoli como en América, estuvieron presentes en sus hijos y los allegados por matrimonio a la familia Iturrigaray.

Así conocemos que Josefa Iturrigaray Aróstegui contrajo matrimonio con Félix de Berroeta, teniente coronel de los reales ejércitos y gobernador del presidio de Valdivia en el reino del Perú. Otra hija de José de Iturrigaray casó con Juan Ignacio Madariaga, natural de Busturia y Caballero de la Orden de

(19) Además de los mencionados, el matrimonio Iturrigaray tuvo otros hijos, aunque según indicaban “algunos han muerto en la menor edad” AHPC, Sig. 382.

(20) Una vez habilitado el puerto de Santander, y al final del XVIII, debido a los problemas bélicos, el puerto cántabro pasó a absorber mayor tráfico que el puerto gaditano en cuanto al intercambio de la habanera se refiere.



Santiago, al igual que su padre Andrés Madariaga. Otros dos de los hijos del matrimonio Iturrigaray-Aróstegui se dedicaron a la carrera militar<sup>21</sup>.

En su larga estancia en Cádiz, no olvidó la familia Iturrigaray Aróstegui su oriundez. Porque cuando a finales del XVIII desaparecido José Iturrigaray, su hija María Concepción al quedar viuda, acudía a Juan Agustín de Ustáriz —de ascendencia navarra—, a quien, además de nombrarle albacea, le dejaba parte de sus bienes.

Negocios, familias, parentescos, relaciones que unían ambas orillas del océano se prolongaron también en el caso de José de Iturrigaray y sus descendientes.

### **Bernardo de Goicoa, apoderado de la Compañía de La Habana en Cuba y miembro de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País**

En 1763 Bernardo de Goicoa embarcaba con José de Alegría para ocuparse de los asuntos de la Compañía de La Habana en Cuba. El encargo no era fácil puesto que tanto aquél como éste iban a ocupar los puestos dejados por Vertizberea y Arámburu. Los acontecimientos acaecidos en La Habana —con la ocupación de la isla por los ingleses el verano de 1762—, y el comportamiento dudoso para los intereses de la Compañía, de sus responsables, llevó a la Junta de la sociedad a retirarles la confianza.

Así las cosas, fueron nombrados para sustituir a los administradores de la Compañía en Cuba los mencionados Bernardo de Goicoa y José de Alegría. Una vez en La Habana uno y otro trataron de componer las cuentas de la sociedad, e impulsaron cuanto pudieron el giro mercantil de la empresa. Mas, Alegría duró poco en su puesto ya que pronto fue requerido para otros cometidos por cuenta del Monarca, en la Nueva España.

Acercándonos a los datos biográficos de Goicoa, también en este caso nos encontramos con un navarro metido en negocios coloniales que se movió entre su patria chica, la Corte, Cádiz y América.

Antes de embarcar para La Habana al servicio de la Compañía, Bernardo de Goicoa otorgaba testamento en la ciudad gaditana en abril de 1763.<sup>22</sup> A través de esta información sabemos que era natural de Puente la Reina. Pero además no era la primera vez que cruzaba el Atlántico; en los años 50

(21) Gárate, M., *o.c.* 1994, p. 343.

(22) AHPC, Sig 1.625.



había realizado algún viaje a la Nueva España en el que acompañó a su hermano Juan José. He aquí otro dato de interés: su hermano Juan José había partido —en 1757— para la Nueva España, como “maestre de plata”. Y a los pocos años —en 1765— podemos descubrirle en Cádiz, como fundador de la Compañía Gaditana de negros.<sup>23</sup>

En este ir y venir de negocios y familiares de Bernardo de Goicoa destacan algunas de las características observadas ya en Aróstegui e Iturrigaray: su origen navarro, su conocimiento de los negocios ultramarinos, su ascenso en la escala económica, su protagonismo en algunas actividades en relación con el giro con las colonias, y por último, sus conexiones con bastantes paisanos, tanto en América como en Cádiz o la Corte.

Estas circunstancias se dieron además, no sólo en Bernardo Goicoa sino también en su hermano Juan José. Ambos conocieron lo que era el mundo ultramarino; los dos compartieron viajes a América. El desplazamiento de Bernardo Goicoa a La Habana le situó en una posición inmejorable para advertir la necesidad de mano de obra esclava con el fin de aumentar la producción azucarera. Su hermano Juan José en Cádiz, y junto con Miguel de Uriarte, José María Enrile, el marqués de Villarreal de Purullena, Francisco de Aguirre y Lorenzo de Arístegui, fundaba la Compañía Gaditana de negros con el fin de abastecer de esclavos a las colonias españolas en América.

Corrían los años 70 cuando podemos advertir la presencia de Bernardo de Goicoa como miembro de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País:

“administrador general de la Real Compañía de La Habana. B[enemérito] en La Habana, 1773-1793”.<sup>24</sup>

Aún en Cuba, Bernardo de Goicoa trabajó al servicio de la Compañía con el guipuzcoano José de Olazábal<sup>25</sup>. También en la persona de éste se daba la circunstancia de su pertenencia a la Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Su condición de administrador de la Compañía de La Habana la compaginó con responsabilidades en la Bascongada de los Amigos del

(23) Torres Ramírez, B., *La Compañía Gaditana de Negros*, Sevilla 1973.

(24) *Catálogo general de individuos de la R.S.B. de los Amigos del País, 1765-1793*, por Julián Martínez, San Sebastián 1985, p. 57.

(25) Moreno Fraguinals, M., y Moreno Maso, J., ‘La RSBAP vista a través de sus socios en La Habana’ en *III Seminario de Historia de la RSBAP*, Bilbao 1992, p. 200.



País. Porque José de Olazábal, según se recoge en los Extractos de la Bascongada, fue:

“Contador de la real compañía de la Habana. [Socio] B[enemérito] en la Habana, 1773; administrador general de la Compañía de la Habana, B. en la Habana, 1776; vice-recaudador de la Sociedad en la Habana, B. y M[érito] 1777-1778; vice-recaudador en la Nueva España, administrador general de la real compañía de la Habana, B. y M. 1778-80; vice-recaudador de la Sociedad y administrador general de la real compañía de la Habana, B. y M. 1781-83”<sup>26</sup>

Tras permanecer bastantes años en Cuba, Bernardo de Goicoa debió regresar a España. En 1784 sabemos de su presencia en Madrid. Era precisamente ese año cuando fallecía su hermano Juan José. Por ello en su testamento nombraba a Bernardo su albacea, junto con Juan Miguel de Ciaúrriz. Y fruto de las aventuras mercantiles de los Goicoa eran las operaciones, créditos y bienes que legaba Juan José: acciones de la Compañía de La Habana, plata, porciones de azúcar y créditos en algunas plazas que operaban con América, etc.

### La hora navarra, y unas cuantas más

Hasta aquí tan sólo se ha presentado un pequeño repertorio de la presencia y el actuar de algunos navarros destacados en los negocios en Madrid, Cádiz o Cuba. Esta presencia sería una continuación de la de aquellos que se adelantaron en el tiempo y cuya impronta caracterizó una época. Esa época quedó recogida en la obra de D. Julio. *La hora navarra* sonó con timbre claro, y nos advirtió del interesante mundo de aquellos navarros que marcaron un tiempo en la Villa y Corte. Su sentido de grupo y su religiosidad les unieron en la Corte en la Congregación de San Fermín de los navarros. En sus negocios mercantiles demostraron ser eficaces, emprendedores y aventurados. Entre sus socios contaron sus familiares y paisanos. Y por méritos propios, ascendieron a cargos relevantes en la Corte.

Las actividades desarrolladas por los Goyeneche, Iturralde, Aldecoa, Aróstegui, Iturrigaray y otros; y en una segunda hora si se quiere denominar así, quienes les sucedieron: los Gastón de Iriarte, Goizueta, Goicoa, etc., fueron relevantes. Así lo confirman los hechos que de forma esquemática se han señalado. Tanto en Madrid, Cádiz o América la proyección de estos

(26) *Id.* p. 87.



hombres fue un hecho perceptible. Su despertar, como ya lo indicó D. Julio Caro Baroja, a finales del XVII, marcó el comienzo de una etapa brillante. Su prolongación a lo largo del XVIII se caracterizó por la dispersión de sus actividades en Madrid y en Cádiz, en América y en la metrópoli. Esta dispersión no restó protagonismo a las relaciones de familia y paisanaje, amistad y religiosidad que demostraron aquellas gentes.

Tanto a un lado como al otro del Atlántico siguieron mateniendo sus vínculos a través de matrimonios, negocios o instituciones. La participación en empresas mercantiles como la Compañía de Caracas, la de La Habana, o la Gaditana, o incluso en el Banco Nacional de San Carlos, son una muestra de estos vínculos. En la segunda mitad del XVIII, la fundación de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País también fue punto de encuentro de algunos navarros destacados. Y más adelante, mediado el XIX, en Cuba surgió una nueva institución: la Asociación Vasco-navarra de Beneficencia, con el fin de ayudar a quienes, emigrados a tierras cubanas, se encontraran sin recursos.

Sería deseable que la obra de D. Julio fuera continuada; y el entramado tan bien tejido que mostrara en *La hora navarra*, pudiera extenderse más allá en el tiempo y en el espacio. Porque, el camino ya ha sido iniciado.